

La Voz de Valdepeñas

SEMANARIO CATÓLICO

DIRECTOR, DON EUSEBIO YASCO

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Año IV.

Núm. suelto 5 céntos.
25 núms. 75 céntos.

Valdepeñas 22 de Julio de 1893

Trimestre 1 peseta
Un año 4 pesetas

Núm. 187.

TERQUEDADES CATÓLICAS

¿Quién no la ha oído ó leído alguna vez esta palabra, aplicada al Papa, á los obispos, á los curas, ó simplemente á todo buen hijo de la Iglesia? ¿Quién no la ha visto usada mil veces por la impiedad, ora en son de censura é inyectiva cuando el impío es de la clase de los crudos y desenmascarados, ora en son de compasión cuando el impío es de los solapados y mogigatos? Porque han de saber ustedes que también hay impíos á lo místico, como hay lobos con piel de oveja. ¿Quién finalmente no oyó decir mil veces á ciertas gentes: «Está visto; el Papa es un terco en no transigir con los hechos consumados; el clero es un terco en no poner buena cara á las conquistas de la civilización; los neos son unos tercos enemigos de todo progreso?» Pues, señor, cayóme en gracia tiempo há la palabrilla, y sobre ella quiero echarles hoy á mis solícitos lectores el presente artículo.

Que los católicos, desde el Papa inclusive hasta inclusive el último sacristan de aldea, tenemos como herencia de familia nuestras terquedades, es innegable verdad que no podemos disimular, ni queremos, ni hay para qué. De casta nos viene, y punto redondo. Jesucristo, Hijo de Dios vivo, llevó azotadas las espaldas y traspasados piés y manos pura y simplemente por sostener con inconcebible terquedad su carácter de Hijo de Dios y el derecho que le asistía para predicar su celestial doctrina, que no debió sentarse bien á unos cuantos caballeros de Jerusalem que disponían de la cosa pública. Jesucristo fué acusado de perturbador del orden, de alborotador de las ciencias, de enemigo de la legalidad existente, lo cual trae involuntariamente á la memoria una de dos: ó que los fariseos de entonces eran gente muy adelantada y al nivel ya de todos los progresos revolucionarios de nuestro siglo, ó que los fariseos de hoy son gente muy trasnochada y rancia que nada nuevo ha sabido inventar contra Cristo desde aquella fecha. Como quiera que sea, lo cierto es que nuestro divino Jesús, con todo y ser tan graves y tan sentadas y tan legales estas acusaciones, mantúvose en sus trece, y por terco é intransigente lo pagó con la vida.

¿Y los Apóstoles? ¡Válganme aquí los sabios todos del Sanedrín! ¡A cuantos dímes y dirétes no dió lugar su pasmosa terquedad!

—¡Que no habeis de predicar á Cristo resucitado!

—Eso predicaremos una vez y tres más, mientras nos quede lengua para hacerlo.

—¡Que os lo prohibimos con prohibición formal! (*praeceptum praeceptimus vobis!*)

—Hemos de obedecer primero á Dios que á los hombres.

—¡Al palo con ellos! ¡Que se les administren cuarenta azotes por barba!

—Vaya con Dios. Ni por esas. Azotados quedaremos, pero no mudos ni renegados.

Y tercos á más y mejor, y protestando que no habían de callar por paliza más ó menos, es lo cierto que dejaron herido de muerte al judaísmo en el corazón, es decir, en su propia capital Jerusalem, y floreciente allí mismo la fe cristiana.

Y el infierno, derrotado en esta primera escaramuza, ensanchó, como se diría hoy, su campo de operaciones, y trasladó la batalla al vasto imperio romano, en donde contaba con medios de acción algo más resueltos y poderosos que en la capital de la pequeña y arrinconada Judea. Había allí emperadores cuyo solo fruncir de cejas era sentencia de muerte para cualquier desdichado; leyes *ad hoc* confeccionadas para proteger la libertad del error, ahogando de paso la libertad de la verdad; ejércitos orgullosos con la conquista del mundo á quien tenían ahorrado; una sociedad, en fin, blanda, condescendiente, indulgente con toda corrupción y todo extravío, al paso que feroz, intolerante hasta lo sumo con todo lo sano, íntegro y honrado. En una palabra. Al contemplar nuestra sociedad de hoy y nuestras legislaciones y nuestros gobiernos europeos, se ve que á marchas forzadas andamos acercándonos al ideal de aquella sociedad, de aquellas leyes y de aquellos gobernantes.

Pues bien. Aquella fué para el naciente Cristianismo la segunda batalla, y con tan desventajosas condiciones tuvo que aceptarla. La terquedad sublime de aquellos fervorosos creyentes mereció la victoria, y la obtuvieron, ó mejor, la compararon con torrentes de sangre generosa.

¡Qué satánica dureza en los tiranos y verdugos! Pero en cambio ¡qué heroica terquedad en las gloriosas víctimas! Descubierta la creencia cristiana de uno de esos invictos atletas, y delatada al feroz tribunal, el discípulo de Cristo era conducido ante los magistrados públicos, y el interrogatorio á que se le sujetaba, y las respuestas con que á él satisfacía el interrogado, eran casi siempre iguales. Bien fuese

tierno niño ó débil anciano, gallardo mozo ó delicada doncella ó respetable madre de familias, en cualquiera de estas tan varias condiciones la respuesta del Mártir era invariablemente la misma.

—¡Reniega de tu fe! ¡Adora nuestros dioses!

—¡Soy cristiano!

—Si accedes, te colmaremos de honores; si rehusas, te despedazaremos á puros suplicios!

—¡Soy cristiano!

—Abriremos á azotes tus carnes; abrasaremos con planchas tus costados; derramaremos sobre tus heridas aceite y plomo hirvientes; trituraremos con piedras tus muelas y quijadas; introduciremos en tus uñas cañas agudas, te asaremos en parrillas á fuego lento...

—¡Soy cristiano!

—Verás el oprobio de tus hijas y la deshonor de tus canas; te seguirá al suplicio un cortejo de víctimas, prendas escogidas de tu corazón, que una palabra tuya puede perder ó hacer felices.

—¡Soy cristiano!

—¿Eres cristiano? ¡Verdugos, ejecutad el terrible programa! al caballete, á los ganchos, á las tenazas candentes, á los leones...

¡Soy cristiano! ¡Soy cristiano! ¡Soy cristiano!

Y millones de hijos de la fe mueren durante tres siglos, ¡durante trescientos años! con ese grito en los labios, y su sangre corre á ríos, regando como lluvia fecunda todas las regiones del mundo. Y cuando la Providencia, valiéndose de la espada vencedora de Constantino, interviene en el gigantesco combate para terminarlo en favor de la iglesia, el mundo se contempla con sorpresa ya casi enteramente cristiano. La sublime terquedad de tres ó cuatro generaciones de mártires había obrado el prodigio.

Y así siguiendo siglo por siglo la historia de la Iglesia, todas las páginas de ella andan llenas de nuestras incomprendibles terquedades. Ya es Gregorio VII que en lucha formidable con todo un emperador de Alemania muere abrumado de padecimientos, repitiendo empero en su agonía las siguientes palabras, compendio de una dilatada vida de borrascas y de combates: *He amado la justicia y he aborrecido la iniquidad; por esto muero en el destierro.* O bien son Anselmo de Cantobery y Estanislao de Cracovia, obispos, quienes derramaron su sangre por sostener con invencible fortaleza la supremacía de su báculo pon-

tifical y la libertad del ministerio eclesiástico. Porque no se crea que sea cosa nueva en el mundo eso de que un ministro como Bismarck, ó cuatro tiranuelos como los de otras partes, hagan á sabiendas una ley contraria á los derechos éternos de la Iglesia, y opriman luego á la Iglesia por la convincente razón de que no quiere reconocer como buena la perversa ley. El infierno es siempre el mismo; y á pesar del innegable talento de Satanás, sus persecuciones giran siempre dentro de un mismo círculo vicioso, en el cual se repiten los mismos procedimientos, las mismas excusas y hasta las frases mismas. A bien que la Iglesia les opone constantemente el mismo baluarte de su eterna terquedad, y váyase lo uno por lo otro. No hay para qué preguntar cómo se responde á un poderoso cuando exige de un buen católico algo incompatible con la conciencia. El *Non licet* del Bautista y el *Non possumus* del Papa, están colocados á uno y otro extremo de la historia de la verdad, como para mostrar á los hijos de ella el molde con que se forman los héroes y la peña donde se estrellan los tiranos. ¡Morir antes que transigir!

—¡Morir antes que transigir! Dura me parece la frase. Nosotros que habíamos creído que la verdad y el bien eran más que otra cosa alguna blandos y acomodaticios, adaptables á todas las situaciones de la vida, aptos para plegarse á todas las circunstancias...

—Pues anduviste, amigo mio, soberanamente equivocado si tal pudiste imaginar. Entre nosotros la verdad se llama *dogma*, y el bien se llama *obligación*, y ambas palabras no seré yo quien niegue que suenan á algo muy duro, muy inflexible, muy intransigente. Si así no fuesen, ¿en qué se distinguiría el dogma de una opinión, y la obligación de un vano antojo? Transigencia ó transacción puede admitirse buenamente en punto á intereses; en lo que atañe á cuestiones de conciencia, transacción equivale casi siempre á traición. Se comprende que si tú me debes una cantidad transija yo contigo rebajándote la mitad de la deuda para obtener seguro el cobro de la otra mitad. Lo que no se comprende es que afirmando tú, por ejemplo, que la nieve es negra, y afirmando yo que es blanca, transijamos la cuestión conviniendo los dos en que ni es blanca ni es negra, sino gris, haciendo que si antes uno solo de nosotros negaba la verdad, ahora seamos los dos quienes neguemos el sentido comun. A esto se exponen los amigos de transigir. Así son los que por no parecer